

¿Alguien sabe dónde encontrar otro planeta Tierra?

VICENT BOIX

YA LO AVANZARON las novelas y las películas de ciencia ficción. Repelentes extraterrestres con cuerpos desproporcionados que, gracias a un desarrollo tecnológico superior al del humano, invadían el planeta doblegando a los seres vivos con el único objetivo de explotar los recursos y poder subsistir. La realidad, en verdad no dista tanto de la ficción, aunque los invasores no son precisamente grotescos siderales cobijados en grandes OVNI's que viajan por constelaciones a la velocidad de la luz. De hecho, no hay ni que salir de la Tierra. Cierta elite de seres humanos, desde hace siglos invade y aplasta a otros más indefensos con el propósito "marciano" de robar sus recursos naturales y perpetuar su nivel de vida.

Es más cómodo mirar a otro lado, despreocuparse y pensar que la humanidad, con su raciocinio innato, acabará encontrando la solución a los problemas ambientales. Pero lo cierto es que la Tierra ya hubiera colapsado si todas las personas del planeta consumieran recursos al ritmo que lo hacen los países con ingresos más altos. Esto aún no ha sucedido de forma irreversible y grave, porque el aparente equilibrio ambiental se sustenta en un injusto desequilibrio social: una minoría económicamente más avanzada consume los recursos de la mayoría.

Esta es la conclusión tras ojear informes de la Global Footprint Network, organización que desde hace años se encarga de medir el impacto del ser humano en el medio ambiente. Lo hace elaborando un indicador denominado "huella ecológica", que se expresa como la superficie necesaria para producir los recursos naturales consumidos por una persona. Aun tratándose de un indicador limitado, proporciona datos bastante elocuentes sobre la realidad ecológica a nivel nacional, regional o mundial.

Según un estudio publicado en el 2010, la "huella ecológica" global era de 2,7 hectáreas por habitante. Por el contrario, la "biocapacidad" (recursos reales disponibles en el planeta por superficie y ciudadano) fue calculada en 1,8 hectáreas por persona. Es decir, de media, el ser humano está consumiendo una hectárea más de recursos de los realmente disponibles, lo que se traduce en una sobreexplotación del planeta que puede tener consecuencias drásticas.

Lo curioso y triste a la vez, es que el 15% de la población, situada en naciones con ingresos altos, en conjunto consume 6,1 hectáreas por habitante, cuando su "biocapacidad" es de la



mitad. Si este patrón se repitiera a nivel mundial, sería perentorio conquistar otro planeta idéntico a la Tierra para poder explotar sus recursos y mantener el ritmo de vida occidental. Por el contrario, la "huella ecológica" del 85% restante es prácticamente idéntica a su "biocapacidad", o sea, la gran mayoría del planeta vive sosteniblemente y respetuosamente con el medio ambiente. Solo un 15% desequilibra la balanza, que mínimamente equilibra gracias al consumo de recursos ajenos.

La "huella ecológica" de un ciudadano de un país con ingresos medios o bajos es de dos hectáreas, que resulta ser cuatro veces menor que la estadounidense, cinco veces más pequeña que la de un qatarí y dos veces y media inferior a la de un ciudadano español, que necesitaría tres "españolas" y media para poder satisfacer sus necesidades.

Según el Global Footprint Network, el pasado 27 de septiembre el planeta entró en déficit ecológico. Los recursos disponibles para este año fueron agotados en menos de nueve meses y los que se consuman hasta final de año son recursos que el planeta no puede producir, contaminantes que no puede absorber, etc.

A pesar de ello, ninguna autoridad política está interesada en poner límites a un modelo de crecimiento cimentado en la desigualdad y en la destrucción del medio ambiente. El asunto tiene mala pinta, a no ser que la NASA se espabile y pueda construir naves espaciales que permitan la conquista de otros planetas como la Tierra. O eso, o levantar el pie del acelerador. (ARGENPRESS.info)

Vicent Boix es investigador asociado de la Cátedra "Tierra Ciudadana - Fondation Charles Léopold Mayer" de la Universidad Politécnica de Valencia. Autor del libro El parque de las hamacas.



¿Cuándo se interesará el TPI por los asesinos de América Latina que encubre EE.UU.?

JEAN-GUY ALLARD

EL TRIBUNAL PENAL Internacional (TPI), fiel servidor de EE.UU., de las potencias europeas y de la OTAN a la hora de perseguir a quien ha molestado los intereses de estos, padece de ceguera crónica al no ver que Washington, mientras denuncia y dice combatir el terrorismo, hospeda en su territorio a connotados autores de crímenes contra la humanidad.

Hace unos días, el Gobierno de Estados Unidos expresó que se comprometía a descongelar el trámite de extradición del expresidente boliviano Gonzalo "Goni" Sánchez de Lozada, solicitado hace más de tres años por el Gobierno boliviano para ser sometido a proceso judicial por actos de genocidio.

Bolivia reclama a "Goni" desde que huyó en octubre del 2003 a EE.UU., donde recibió de inmediato la protección del Departamento de Estado, tras la muerte en la ciudad de El Alto de 67 campesinos en una verdadera masacre que también dejó centenares de heridos.

Hasta ahora, Washington ni siquiera contestaba a las solicitudes de extradición. Tras el reciente "acuerdo marco" entre ambos países para normalizar sus relaciones diplomáticas, la potencia imperial consintió en renunciar a su mutismo criminal y eventualmente a "estudiar el caso". Sin más.

El caso de Sánchez de Lozada es solo uno entre muchos de protección otorgada por Washington a autores de actos de terrorismo de Estado, mientras publica una llamada "lista de patrocinadores del terrorismo", que utiliza para difamar a quien se niega a arrodillarse ante su poder hegemónico.

UN CASO SATURADO DE PRUEBAS

En Caracas, cajas y cajas de documentos conservados en los archivos de la Fiscalía Nacional demuestran la absoluta culpabilidad de Luis Posada Carriles como autor intelectual, junto al fallecido Orlando Bosch, de la destrucción en pleno vuelo del avión cubano en 1973, que provocó la muerte de 76 personas. Un crimen ocurrido mientras George Bush padre era jefe de la CIA, y comparable con el atentado aéreo de Lockerbie, cuando el mismo Bush era vicepresidente de EE.UU. encargado de seguridad nacional, y del cual se acusara a Libia... y a la CIA.

EE.UU. no solo sigue negándose a enjuiciar por terrorismo o a extraditar a Posada, a pesar de las repetidas solicitudes presentadas por Venezuela, sino que sus funcionarios, encabe-

zados por el activista de extrema derecha Roger Noriega, le fabricó un caso judicial que propició su virtual absolución de sus crímenes por un jurado tejano.

En toda América, la responsabilidad de EE.UU. en actos terroristas es proporcional a la actividad de sus servicios de inteligencia. La CIA mantiene desde hace décadas una verdadera base de operaciones, auténtico vertedero de sicarios desde que se gastó, en los años 60, cientos de millones en operaciones de inteligencia y terrorismo destinadas a destruir a la Revolución cubana.

A la tropa de veteranos cubanoamericanos de la dictadura de Fulgencio Batista, se ha sumado en el curso de los años un número indeterminado de "refugiados políticos" procedentes de regímenes dictatoriales latinoamericanos, cuya paternidad Washington se niega a reconocer.

A título de ejemplo, ahí está Michael Townley, exagente de la policía secreta de la dictadura de Augusto Pinochet y asesino confeso del excanciller chileno Orlando Letelier. Townley fue quien dirigió la operación criminal ejecutada por cubanoamericanos, luego indultados por George Bush hijo.

También vive en Miami Roberto Guillermo Bravo, militar argentino que se encargó de rematar a 16 jóvenes revolucionarios en lo que después se llamó la Masacre de Trelew. Los tribunales de la ciudad mafiosa siempre encuentran la vuelta para proteger a este asesino de una eventual extradición, al país donde sus cómplices tuvieron que responder por sus crímenes.

MIAMI, SANTUARIO DE CONSPIRADORES

Fue en Miami donde se conformó el intento de golpe de Estado contra el presidente ecuatoriano Rafael Correa. Siguen protegidos allí los conspiradores del asesinato del fiscal venezolano Danilo Anderson, ejecutado con una bomba bajo su vehículo.

En Miami están hospedados y protegidos por el Departamento de Estado, golpistas como Joaquim Chaffardet —exrepresor de la DISIP asesina— y el golpista Salvador Romani.

El 11 de julio pasado, cuatro senadores demócratas estadounidenses enviaron una carta a la secretaria de Estado, Hillary Clinton, en la que solicitan al gobierno de Barack Obama que ubique a uno de los asesinos que encontraron refugio en EE.UU., en el caso de los seis jesuitas ejecutados en El Salvador.

¿Cuándo se interesará el TPI por los asesinos en América Latina que Estados Unidos preparó, orientó, financió y encubrió?